

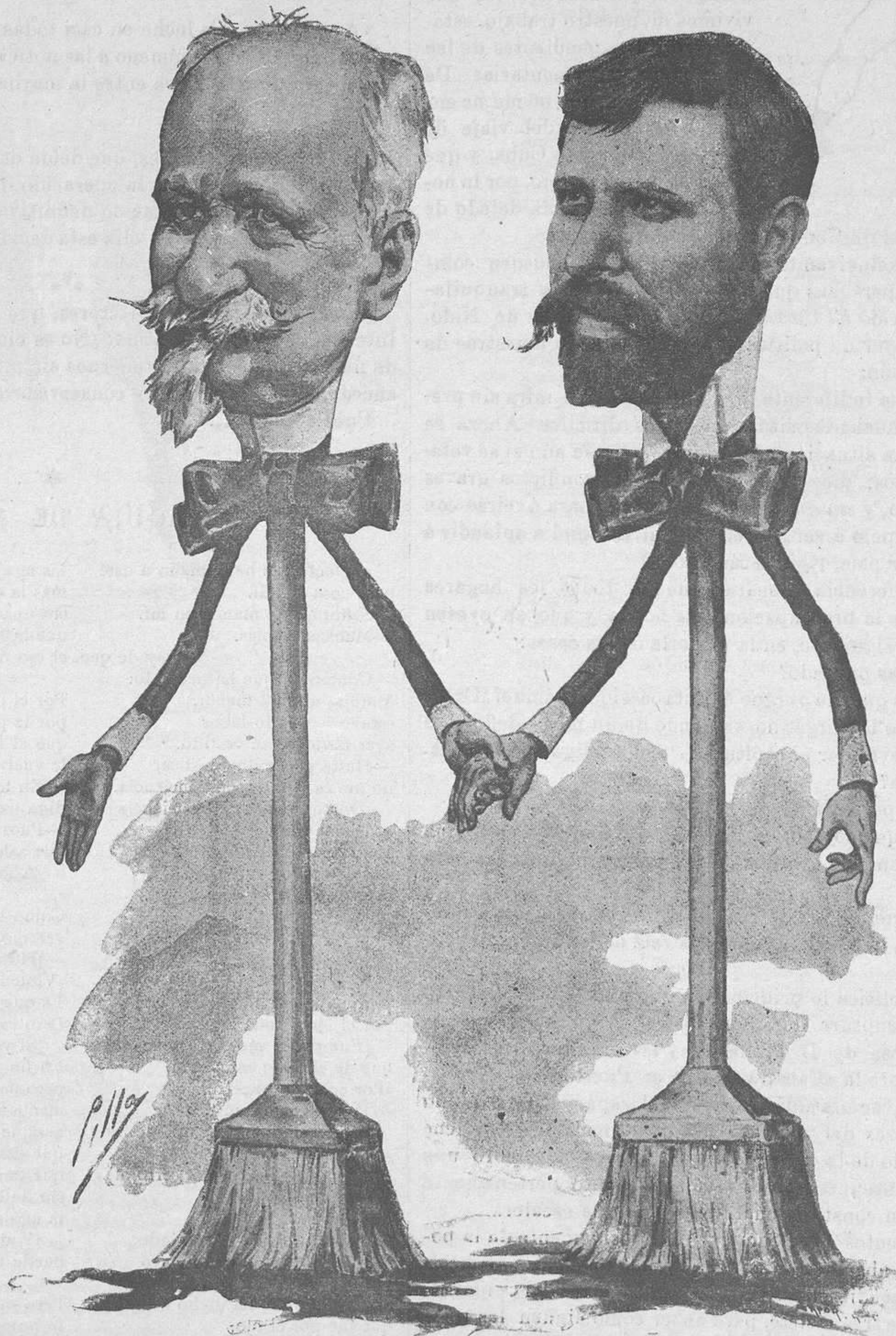


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Jorge Bussato y Amalio Fernández.)



—Somos del arte honra y prez
y nunca lo hacemos mal,
y saludamos á *ustez* (1)
por la centésima vez
en la temporada actual.

(1) Esta *zed* es de Bussato, que no ha podido dominar el castellano todavía.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La aguja de marear, por Juan Pérez Zúñiga.—Interrogatorio, por José López Silva.—Inocencia parlamentaria, por F. Serrano de la Pedrosa.—Distracciones honestas, por Fiacro Yráyoz.—Ley de la vida, por Sinesio Delgado.—Menudencias.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Jorge Bussato y Amalio Fernández).—Interrogatorio.—En la butaca, por Cilla.—La rebotica (once viñetas), de fotografía.—Un postergado, por Cilla.



DE TODO UN POCO

La gente política cree, sin duda alguna, que nosotros, los que vivimos de nuestro trabajo, estamos estos días pendientes de las discusiones parlamentarias. De mí puedo decir que no me he enterado hasta ayer del viaje de Martínez Campos á Cuba, y que hasta el jueves último, por la noche, no supe que había dejado de

ser director general de Comunicaciones el Sr. Barroso.

Los que viven exclusivamente de la política no pueden comprender cómo hay personas que se meten en la cama tranquilamente sin haber leído *El Correo* ó *La Iberia* ó *El Siglo* de Nido.

Á mí me decía ayer un politicastro rabioso, dando muestras de la mayor indignación:

—Éste es un país indiferente y degenerado, que mira sin preocuparse poco ni mucho las situaciones más difíciles. Ahora se trata de legalizar la situación económica; ignórase aún si se votarán los presupuestos; dícese que quizás surjan conflictos graves de un día para otro, y *sin embargo* la gente va á Lara á reirse con *La Rebotica*, y á Apolo á ver á Frégoli, y al Español á aplaudir á la Guerrero... ¡Qué país! ¡Qué escándalo!

El político de referencia desearía que en todos los hogares existiese estos días la preocupación más honda, y que se oyesen diálogos del tenor siguiente, en la mayoría de las casas:

—Liborio, ¿te has purgado?

—¿Cómo quieres que me purgue en esta ocasión solemne? ¿Crees que me hará efecto la purga, no sabiendo de un modo definitivo si por fin ha de prevalecer el capítulo 7.º del Código en las cuestiones de imprenta?

—Pero ¿eres tú periodista?

—No; ya sabes que soy boticario; pero todo lo que se relaciona con la Constitución democrática que nos rige me interesa muchísimo.

—Mejor sería que, en vez de pensar en la Constitución, cuidases de la farmacia, que se ha acabado la raíz de lirio y no te ocupas en reponerla.

Para la gente política lo principal en el mundo es el Congreso y el Senado, y la ruptura de Silvela con D. Antonio, y la actitud digna y decorosa de D. Práxedes, y las francas declaraciones de Becerra sobre la «Cámara única» en Puerto Rico. El descubrimiento de la vacuna antidiftérica, la desaparición del *Reina Regente*, los horrores del trancazo nacional, nada de esto tiene importancia al lado de la noticia de que Abarzuza celebró una conferencia de veinticinco minutos con un sujeto perteneciente al partido de unión constitucional, debajo de una escalera.

Para dejar contentos á los que viven exclusivamente de la política y miran con absoluta indiferencia todos los demás asuntos, sería preciso que acudiesen las familias á las puertas del Congreso, todas las tardes de tres á siete, para saber cómo siguen las relaciones de la mayoría con el Gobierno.

En vez de dedicarse á la limpieza del hogar y al repaso de la ropa blanca, las señoras deberían decir á sus domésticas todas las tardes:

—Anda, Nemesia, ponte el mantón y vete al Congreso á ver si ha hablado D. Práxedes.

—¿Pongo antes el cocido?

—Deja el cocido y déjalo todo: lo primero es saber si se han roto las relaciones entre la mayoría parlamentaria y los ministros nuevos.

El ideal de los políticos sería éste:

—¿No ha dicho el médico que le pongas sanguijuelas á papá?— pregunta un niño á la autora de sus días.

—Sí, pero hasta que se resuelva lo de los presupuestos no pienso ponerle nada, porque no tengo tranquilidad.

En un periódico:

«La función anunciada para esta noche en el Teatro de Apolo ha tenido que suspenderse porque el Sr. Rodríguez (D. Manuel), interesado como el primero en la solución de la última crisis, no quiere abandonar la tribuna del Congreso hasta que D. Práxedes dé las oportunas explicaciones.»

Otros sueltos:

«Con motivo de lo mucho que se retrasan las explicaciones del Sr. Sagasta acerca de la última crisis, ayer se arrojaron por el viaducto ocho personas de ambos sexos y un sacerdote.»

—

«Ayer se cortó la leche en casi todas las vaquerías de Madrid.

Atribúyese este fenómeno á las noticias que han circulado sobre la ruptura de relaciones entre la mayoría parlamentaria y el Gobierno.»

—

«La señora de Angulez, que debía dar á luz ayer tarde un robusto niño, ha aplazado la operación hasta el martes próximo, día señalado para la votación definitiva de los presupuestos.

Si llegaran á fracasar, ella está decidida á quedarse con el chico dentro.»

¿No es verdad, amados lectores, que ni á ustedes ni á mí nos interesa la cuestión política? ¿No es cierto que á los que vivimos de nuestro trabajo debe tenernos sin pizca de preocupación lo que sucede entre fusionistas y conservadores?

Pues entonces...

Luis Taboada.

★

LA AGUJA DE MAREAR

—Doctor, le he llamado á usted para cosa baladí.

—Señora, usted manda en mí.

—Muchas gracias.

—Contaré lo que ha ocurrido: Maruja, mi hija menor, estuvo haciendo labor ayer tarde en un vestido.

—Hasta ahora diagnosticar no me es posible, en conciencia.

—¿Doctor, tenga usted paciencia y déjeme usted acabar!

Es el caso, don Antonio, que cosiendo mi Maruja fué y ¡zas! se metió la aguja por un dedo.

—¡Qué demonio! Al punto hay que echarla fuera.

—Pues valor se necesita, porque ha entrado la maldita por el ojo y toda entera.

—¿Fué por el ojo? Conviene que de ello me entere yo.

—¿Por cuál ojo penetró?

—Por el único que tiene.

—¿Por el único? No entiendo... ¿Es tuerta?

—No. (¡Qué cerrojo!) Yo me refería al ojo de la aguja.

—Ya comprendo. —La aguja en el dedo entró por la punta. Allí se ve.

—¿Pero no me ha dicho usted que fué por el ojo?

—No. Es por la punta del dedo por donde digo.

—¡Val Sí. —Á ella, lo mismo que á mí,

las agujas le dan miedo; mas la que en su dedo está era una aguja, doctor, que la había entrado por el ojo derecho.

—¡Yal Por el ojo, por el dedo, por la punta y por el... ¡Basta! que al hombre de mejor pasta le vuelve loco este enredo.

—En fin, doctor, francamente diga usted qué se hace ahora.

—Pues es preciso, señora, que salga inmediatamente.

—¿Ahora? ¡Imposible!

—¿Por qué? Como tire de ella yo, veremos si sale ó no.

—¡Hombre, qué atroz es usted! ¡Violencias con mi Maruja! Es que ahora en el baño está. Pero es dócil y saldrá.

—¡Si yo hablaba de la aguja! En fin, el caso no es raro; pero cuanto más hablemos menos nos entenderemos, aunque yo voy viendo claro que esa aguja singular, que tanto nos da que hacer, sin duda debe de ser la aguja de marear.

—¿Y del dedo en que se esconde puede usted sacarla?

—Puedo. Pero saldrá en cuanto el dedo lo ponga Maruja...

—¿Dónde? —Muy cerca del corazón, si es cierto que es un imán, como asegura el galán que la habla por el balcón.

—Puedo. Pero saldrá en cuanto el dedo lo ponga Maruja...

—¿Dónde? —Muy cerca del corazón, si es cierto que es un imán, como asegura el galán que la habla por el balcón.

—Puedo. Pero saldrá en cuanto el dedo lo ponga Maruja...

—¿Dónde? —Muy cerca del corazón, si es cierto que es un imán, como asegura el galán que la habla por el balcón.

—Puedo. Pero saldrá en cuanto el dedo lo ponga Maruja...

Juan Pérez Zúñiga.

Interrogatorio.

Á MI QUERIDO AMIGO EL NOTABLE PINTOR ÁNGEL ANDRADE



—¿Me da usted una cerilla, señorito?

—¿Para qué?

—Pa encender este cigarro.

—Pero, chico, ¿tú fumas?

—Ya lo creo:

como que ayer cumplí deciséis años y hace ya la mitad, próximamente, que me busco yo solo los garbanzos.

—¿Tú solo!

—Sí, señor.

—¿Y en qué trabajas?

—Talmente trabajar, yo no trabajo, pero cojo colillas por las calles y después se las vendo á uno del Rastro pa que las dé unas friegas con espíritu y las ponga otra vez en el estanco.

—¿Poco sacarás de eso!

—No es gran cosa,

pero, gracias á Dios, con lo que saco, la *Chupitos* y yo vamos decentes.

—¿Y quién es la *Chupitos*?

—Pues mi apaño.

Ella andaba por *áhi* con otros golfos en cueros vivos y durmiendo al raso y comiendo un porción de porquerías de esas que quitan carnes y dan flato; pero un día nos vimos casualmente recién lavaos, y nos choquemos tanto que, cuasi sin hablar, como quien dice, acordemos los dos el agregarnos.

—¿De modo que tendrás que mantenerla?

—Por ahora no, porque comemos rancho,

un día en el cuartel de la Montaña y otro día en San Gil ú en el Rosario; lo cual quiere decir que con un churro y un poco de Monóvar que tomamos ande nos viene bien por las mañanas, hace uno su negocio.

—Pero, en cambio, la tendrás que vestir.

—Hombre, unas veces la visto, y otras veces lo contrario; ella me viste á mí; porque ella tiene, pa que se entere usted, muy buenas manos y ya saca bastante.

—¿Recogiendo colillas?

—No, señor; en otro ramo.

Ella se anda en pañuelos, pero es fácil que pase á remontoirs antes de Mayo, si la conserva Dios, como hasta hoy día, luz en la vista y en los dedos tazto.

—¿Y no te da vergüenza que la gente se entere de que andáis en esos tratos?

—¿Vergüenza á mí! ¿Por qué? Si más ó menos semos ladrones toos.

—¿Pero muchacho!... ¿Tú sabes lo que dices?

—¡Ay, qué gracial!

¡Que si sé lo que digo! ¿Qué apostamos á que si no esistieran los presidios había más ladrones que garbanzos, y á que le daban la castaña al Verbo muchos que van de bimba y gabán saco?

—¿Quién te enseña esas cosas?

—Á mí nacie.

—¿Tienes familia?

—Sí; catorce hermanos, de madre toos.

—¿De madre solamentel

—Sí, señor.

—¿Qué rarezal

—Sí que es raro, pero fué la mujer tan desgraciada que se quedaba viuda toos los años.

Así es que, bien miraos, nos parecemos igual que un par de huevos á un canario.

—¿Y tus hermanos, qué hacen?

—Por *áhi* andan buscándose honramente cuatro cuartos.

Isaz, que es el mayor, pide limóna por las noches y saca un buen diario, porque tié malas pulgas, y si alguno dice que Dios le ampare, le da un palo.

El otro que le sigue es periodista y además hace zorros, toca el piano y vende camarones. El tercero

afeita cara al sol junto al fielato y le sube la ropa á una del río los días que no tié mucho trabajo, y el cuarto está de huésped en Ocaña por una temporá.

—¿Por qué?

—Por blásfemo y por darle lecciones sin pedírselas al que hace los billetes en el Banco.

Toos los demás hermanos son hermanas.

—¿Y hacen algo también?

—¡No han de hacer algo!

Las cosas de su seso.

—¿Están sirviendo?

—Na más que algunas, porque tres ú cuatro no sirven ya, según me han dicho anoche, porque yo hace un porción que no las trato!

—¿Con quién vive tu madre?

—Con la Ulpiana,

la pequeña, que tié decinueve años y un cutis y unas formas, que talmente se está viendo á la virgen del Amparo. Pué que usted las conozca, porque suelen el ir de noche á entretenerse un rato, ú bien al Imperial, ú bien á Eslava.

—Sí las conoceré.

—¿Toma, pa chascal!

Mi hermana es una chica regordeta que acostumbra á llevar siempre colgando too el pelo por detrás, y además gasta un sombrero de celpa con dos pájaros y botas encarnás de terciopelo con guarniciones de pellejo blanco. Es la que está mejor en la familia. Verdaz que es una fiera trabajando, porque en diciendo que mi hermana dice que á trabajar, too el mundo boca abajo.

—¿Y qué hace?

—¿Qué? Lo mismo que las otras.

TEATRO LARA.—LA REBOTICA

Margarita.



—Hace cuatro años, cuando estuve con papá en Loeches, dejé nombre en el establecimiento. Como que todavía lo están diciendo los periódicos: «La Margarita en Loeches». «La Margarita en Loeches».

Pepe.



—Esto es. ¡Muévanlo ustedes mucho antes de dárselo!

Nicolás.



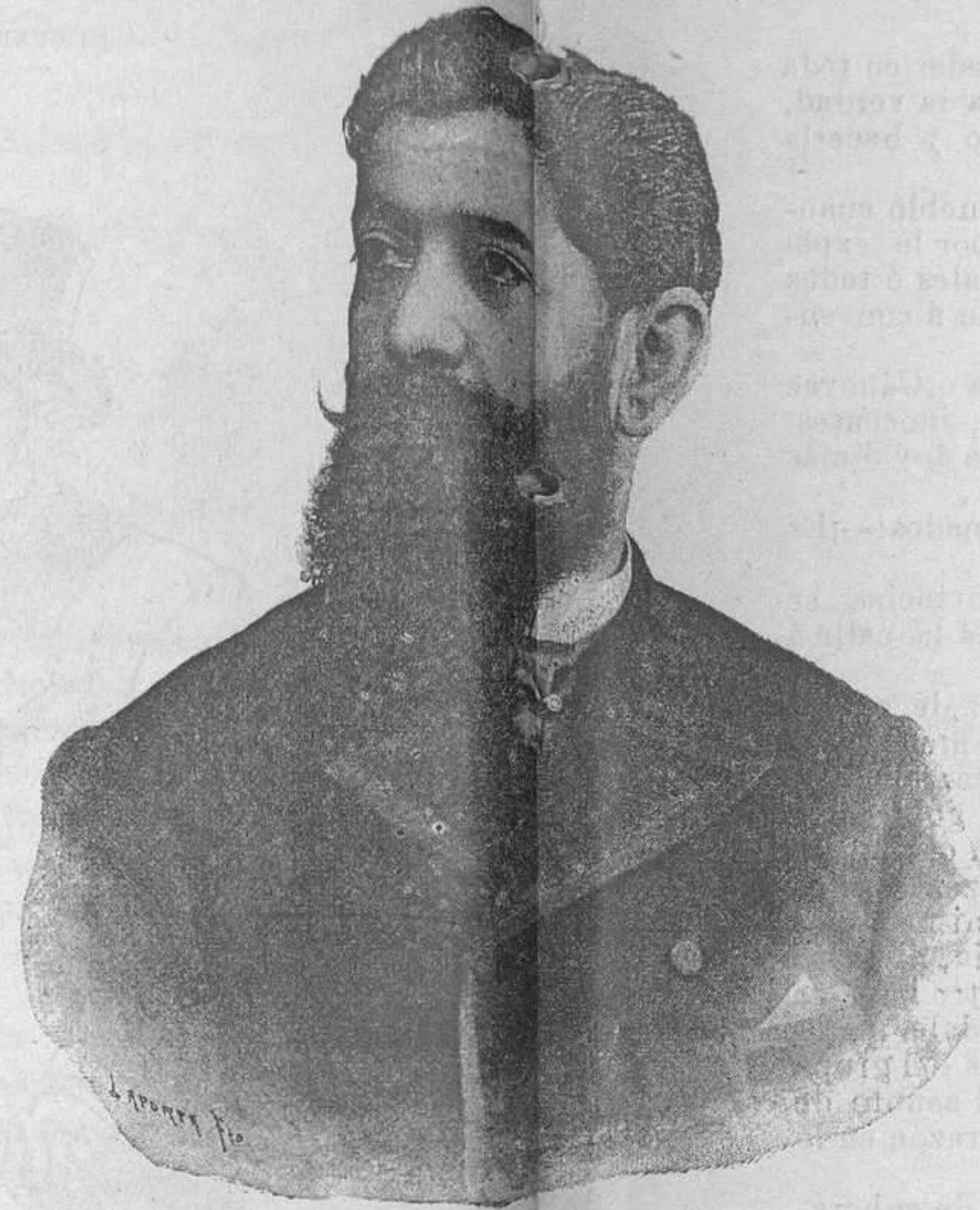
—Has de saber que otro día mandé al MADRID CÓMICO una dolora muy bonita, y en el número de anteayer me contesta, el director llenándome de elogios...

Ramona.



—Mi chico no piensa más que en escribir coplas, y yo sé que eso no puede ser bueno para la salud, porque se les llena la cabeza de tonterías y a lo mejor dan en locos..

Vital Aza.



El señor cura.



—Por la mañana que no cuenten conmigo más que para cosas de iglesia; pero mi ratito de pesca por la tarde y mi tresillo por la noche no hay quien me los quite.

Martínez.



—Supongo que ya estará hecho el emplasto que pedí esta tarde. ¡Que sea circular! ¿eh? ¡Y que pegue bien!

Currita.



—Me conoció hace tres años en Marmolejo. Entró una noche en el casino, me vió bailar unas sevillanas, y ¡zast allí cayó un juez

Don Bernardino.



—«Bromhidrato de hiosciamina, solución de estenocarpina, pomada de etilominina, gránulos de dimetiloquinicina»... ¡Y todo esto es una panplinal!

Doña Restituta.



—El veterinario no debe volver a la tertulia. Es un hombre muy ordinario y que siempre huele a cuadra que apesta.

Don Prudencio.



—Tengo una neuralgia horrible. Me ha cogido media cara, y como yo era sordo de un lado, resulta que ahora lo soy de los dos... ¡Estoy como una tapial!

—¿Las cosas de su sexo?

—Pues es claro.

Pero dígame usted, y usted perdone:

¿va usted á hacerme el padrón, ahora que caigo?

¿O no es na más que un vicio de la sangre

eso de hacer preguntas á destajo?

—Toma y calla.

—¡Releñe, una peseta!

—¿Ahora qué vas á hacer con esos cuartos?

—Comprarle á la *Chupitos* unas ligas

y una caja de polvos de los caros,

con permiso de usted.

—Qué, ¿también gasta

de eso?

—¿Quién, la *Chupitos*? A too pasto.

Le ha dao por la finura y por el lujo

desde que vió á mi hermana, no sé cuándo,

y lo que es hasta el día que ella tenga

un sombrero de celpa con dos pájaros

y botas encarnás de terciopelo

con guarniciones de pellejo blanco

no para.

—Puede ser que lo consiga.

—Pa mí que sí, señor, y pronto.

—Vamos,

anda con Dios y que recojas muchas.

—Se agradece y ya sabe usted ande estamos

ella y yo: por el día en el arroyo

y de noche en la calle del Amparo,

ciento cuarenta y tres, piso tercero,

segundo corredor, número cuatro.

J. López Silva.

★

EN LA BUTACA



—¡La Guerrero! ¡La Guerrero sola!

★

Inocencia parlamentaria.

Mi querido D. Andrés: Mala educación me dieron mis padres para ser, como soy, diputado á Cortes. Hubiéranme abandonado á mis instintos cuando tenía seis ú ocho años, hubieran celebrado mis mentiras, mis estafitas de botones y aleluyas, mis robitos de cuatro cuartos para comprar regaliz, mis peleas en que echaba la zancadilla y, en fin, todas las naturales manifestaciones de la bondad de su corazón que caben en el hombre cuando todavía es un angelito, y pienso que me hubiera estado mejor.

Quizás sería ya jefe de grupo.

Pero ¿cómo habian de adivinar mis padres que yo representaría en Cortes el distrito? El diputado no nace: se hace ó lo hacen. Si naciera, si desde el primer día de su vida ostentara alguna señal de la diputación (tres manos, cuatro piernas, un cuerno ó seis filas de dientes), hace mucho tiempo que habria resucitado Herodes.

No era posible adivinarlo, y así me dieron la educación que usted sabe, y que es la más contraria á los deberes de mi cargo.

Siempre que mi hermano el registrador de la propiedad, que fué registrador desde pequeñito, me sacaba de los bolsillos una honda ó un petardo y se lo daba á mi padre, no sólo sufría yo la reprimenda ó el cachete que por clasificación me correspondía, sino que además me obligaba á decir á mi hermano:—Tienes razón, hermanito; no debo tener esas cosas.

Consecuencia de esta educación ha sido que mis primeros pasos en el *hemicycle*, como dicen los revisteros chirles, me han quitado las ganas de dar otros y hasta de saludar á nadie.

Llego, me siento, abro el pupitre y escribo, interrumpiendo mi

tarea sólo para decir: «Palomino sí» ó «Palomino no», á gusto siempre del gobierno. Renuncio á tener conciencia de lo que voto y renunciaría á tener ojos en la cara, si no fuera por miedo de tropezar con los correligionarios.

Yo no entiendo esto, D. Andrés.

Aquí se viene á perseguir la verdad, como debe suceder en toda discusión sostenida de buena fe; y una vez encontrada la verdad, fuerza es inclinarse ante ella y proclamarla muy alto y hacerla respetar; ¿no es así?

Pues no, señor; no es así. Tal creía yo allá en el pueblo cuando, más nutrido de buena lectura que aleccionado por la experiencia, me imaginaba que si no se hacían todos liberales ó todos conservadores, era sencillamente porque no acertaban á convenirse.

Y esperaba cada día para el siguiente que Sagasta ó Cánovas tomara la palabra y dijera á los adversarios:—Mirad, inocentes, vuestro partido no tiene razón de ser, porque 2 y 2 son 4, y 3 más 7, y 2 más 9.

A lo cual habian de gritar los adversarios entusiasmados:—¡Es verdad! ¡Se acabaron las peleas! ¡Todos somos unos!

Y después, las salvas de cañón, telegramas á provincias, se echarían las músicas á la calle y se echaría también á la calle á los danzantes.

Algo me desconcertó ver en la Cámara tanta escasez de pensadores y tanta abundancia de modistos del pensamiento ajeno; pero yo me decía: ello es que la elocuencia les permite probar sus asertos y convencer al adversario; para eso les busca el gobierno y para eso nos reunimos aquí, para convencernos unos á otros.

¿Y qué cosa tan noble y tan justa como el dar la razón á quien la tiene? Y de no ser así, ¿para qué las discusiones, ni los datos afanosamente buscados, ni los maceros, ni la elocuencia, ni nada?

Pensando y creyendo estas cosas, tomé asiento entre los que formaban el grupo independiente, cuyo lema se acomodaba mejor á mi criterio; y tuve la suerte de que me designaran los del grupo para romper la primera lanza contra el gobierno, en el asunto de la disidencia, y tuve también la desgracia de no tener razón en lo que sostenía.

Mi discurso fué elocuentísimo y me valió un sin fin de enhorabuena y de abrazos.

Pero, amigo mío, no tenía razón, como ya he dicho. Los datos y noticias que me habian dado los amigos eran un amasijo de disparates y falsedades; y el ministro que me contestó los echó por tierra con la misma facilidad con que se derriba un ejército de naipes.

Y yo, con mi nobleza de carácter y mi amor á la verdad y á la justicia, *rectifiqué* en estos términos:

—Me ha convencido su señoría y me paso á esos bancos.

—¡María Santísima, la que allí se armó!

—¡Vaya usted con Dios, cochino!

—¡Pancista!

—¡Indecente!

Le aseguro á usted, D. Andrés, que me quedé confuso.

Frera de allí, pedí reparación de los insultos y resultó que nadie había dicho nada.

Pero esquivaban mi conversación.

La prensa también me daba con el codo y el mismo gobierno me acogió desdeñosamente.

De modo que he perdido la brújula y aquí me estoy votando y escribiendo, sin saber lo que voto, ni casi lo que escribo. Sólo sé que de la discusión nace la luz; pero el adversario debe cerrar los ojos. Y que debemos llamarnos *blancos* ó *negros* ó *rojos* ó *azules* y marchar como puntas de ganado, llevando impreso en las carnes el hierro de la ganadería.

Y no crea usted, D. Andrés, que estoy muy seguro de estas cosas; porque, sin ir más lejos, anteayer un diputado de la oposición pronunció un discurso tan irrefutable que me convenció y me levanté para decir:

—Su señoría tiene r...

¡Qué carcajadas! ¡qué algazara! Se rió el orador y se reía el jefe del gobierno.

Yo me puse malo. Hasta otra.

P. D.—Quiero decir hasta otra carta.

Por la copia,

F. Serrano de la Pedrosa.

★

DISTRACCIONES HONESTAS!

(Del AYER, HOY Y MAÑANA de D. Antonio Florés.)

¡Qué vida de piadoso
recogimiento
la que llevan los frailes
en el convento!
Entre rezos, vigillas,
meditaciones,
oficios, desayunos
y colaciones,
apenas si les queda
sólo un momento
que al espíritu sirva
de esparcimiento,

pues, humildes, se pasan
entero el año
yendo del caño al coro,
del coro al caño.
Solamente dos veces
á la semana,
y al toque cadencioso
de una campana,
cada fraile en su celda,
finos y atentos,
reciben á sus varios
conocimientos,

y el que no tiene amigos
ni relaciones
se entretiene en honestas
ocupaciones.

— Anteayer, como día
de visiteo,
fuí á ver á mi amigo
fray Doroteo,
y al llegar á su cuarto
vi que la puerta
¡cosa rara en extremo!
no estaba abierta.
— ¡No hay en la celda nadie
(pensé asombrado),
ó trata algún asunto
muy reservado!
Y cuando ya á marcharme
me disponía,
oí su voz adentro
que así decía:
— ¡Ven acá, buena pieza,
¡que, aunque te tapas,
como yo te descubra
no te me escapas!
¡No seas tan arisca,
que no te engañe!
¡Ven, que te haga una fiesta!...
¡no te haré daño!...
¡Por qué no me complaces
cuando me arrimo,
si sabes que te trato
con tanto mimo?

¡Anda, tonta! ¿Qué temes?
¿De qué te quejas,
si es hoy el primer día
que no te dejas?...
¡Vaya, pues mi paciencia
se ha concluído!
¿No quieres? ¡Bien, corriente,
pues te has lucido,
y que quieras, infame,
ó que no quieras,
ahora sí, desgraciada,
que va de veras!
.....
Oí voces, quejidos,
fuertes pisadas,
ayes, golpes y frases
entrecortadas,
y como en ocasiones
soy muy curioso
y aquello parecía
tan sospechoso,
de un golpe abrí la puerta
de su aposento
para evitar hablillas
en el convento,
y encontré al pobre fraile
febril, metido
debajo de una mesa
y enfurecido,
sin poder dar alcance
y atosigando...
á una perdiz que estaba
domesticando!

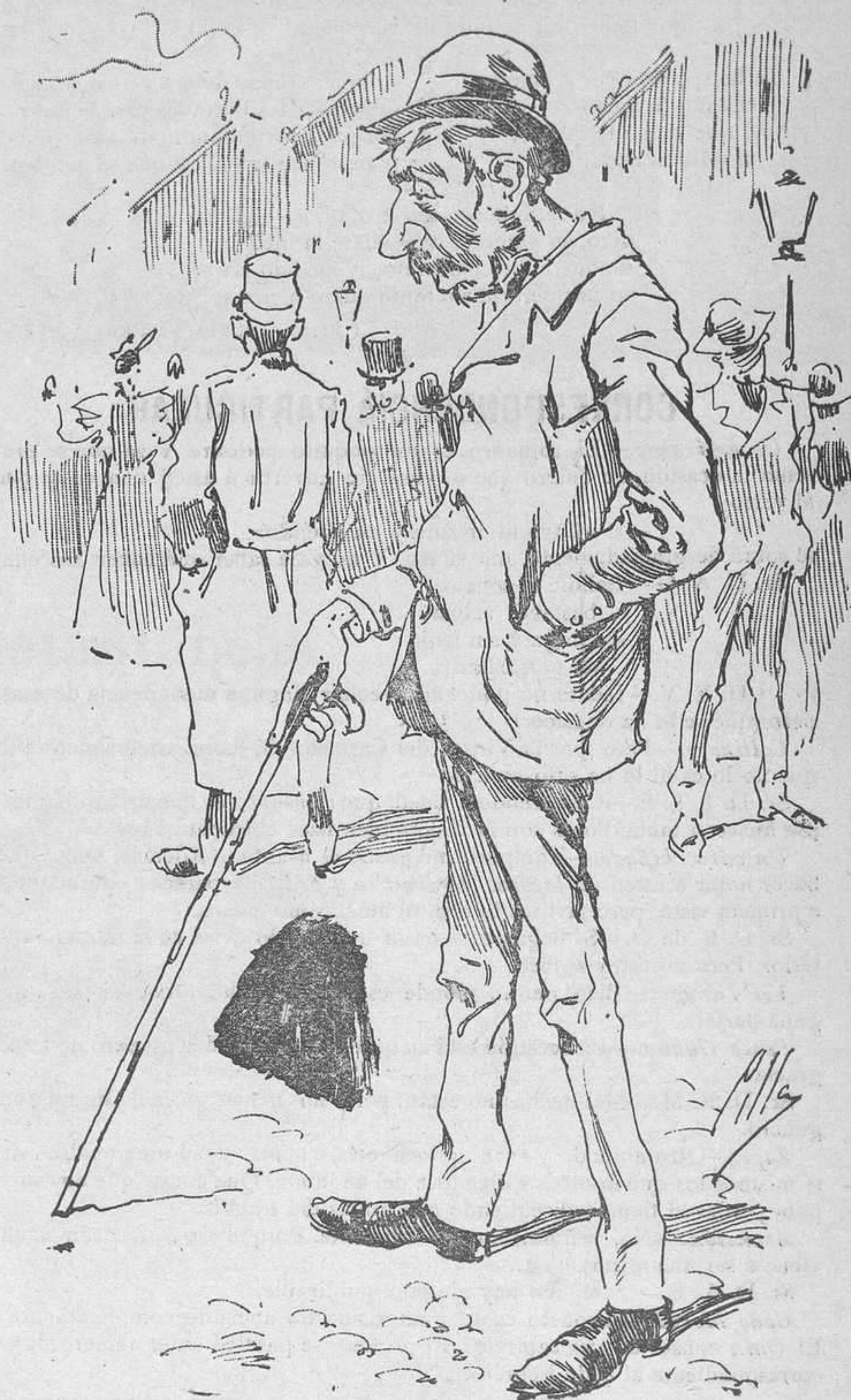
Fiacro Tráyyoz.

★
LEY DE LA VIDA

Minero, cuando bajas á la mina
ve con cuidado y tiento,
que siempre es el abismo peligroso,
terrible y traicionero.
De pronto los peñascos se derrumban
con horroroso estrépito,
y aplastan, desmenuzan y deshacen
las brigadas de obreros,
ó el aire estalla de repente, y surge
devastador incendio
que castiga el descuido de un instante
con horas de tormento.
La vida es buena y defenderla es justo
con previsión y empeño,
que al que cae en las luchas del trabajo
se le olvida muy presto.
Muchas veces verás que se estremece
la humanidad de miedo
y llevan tras de sí las hecatombes
discursos y lamentos.
— ¡Eterna gloria á los oscuros héroes
que bregando murieron
en los profundos antros de la mina,
con su deber cumpliendo!
¡Ellos dieron su vida en holocausto
del general progreso,
y en la memoria de los pueblos debe
vivir siempre el recuerdo!—
Eso dicen, minero, pero nunca
te fíes de los pueblos
ni creas en palabras deslumbrantes,
ni en lágrimas, ni en rezos.
Lo esencial no es tu vida, que un comino
le importa al universo:
lo esencial es el plomo que reclaman
la industria y el comercio,
y el día en que la roca se desplome
y aniquile tu cuerpo,
de tus crispadas manos ese pico
recogerá otro obrero
que seguirá escarbando en la montaña
para ganarse el sueldo.
De tu misma linterna á los fulgores
apartará tus huesos
y buscará el metal con nuevos bríos
en el filón abierto...
Baja, pues, á la mina con cuidado,
porque dice el proverbio
que no se deja de cocer la olla
por un garbanzo menos.

Sinesio Delgado.

UN POSTERGADO



— Ya Cánovas colocó
á todo bicho que honró
las huestes conservadoras.
¡Todos cobran á estas horas!
Todos cobran... ¡menos yo!

★
MENUDENCIAS

Tiene de cierto el amor
que nos prometen las hembras
lo que el vapor del Retiro
tiene de buque de guerra.

Se me despegó una tarde
la contera del bastón.
— Trae que te la pegue—dijo
mi esposa. ¡Y me la pegó!

— Yo he visto dibujada la figura
de una mujer hermosa, fiel y casta.
— Pero ¿hay mujeres fieles en el mundo?
— ¡Ya digo que la he visto dibujada!

Suele decirme Pascual
que es la maestra Leonor
una mujer superior,
¡y no es más que elemental!

José Rodao.

Si á las niñas chiquitas
por su inocencia
perdonárseles deben
las desvergüenzas...
¡yo les perdono
todas las que me dicen
las de tus ojos.

Con tu boca un caramelo
me diste, y me supo amargo.
¿Será que tengo mal gusto,
ó que te pintas los labios?

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

Mira si te se entender
que he averiguado, Pepa,
que no te importa caer...
con tal de que no se sepa.

ALBERTO DE OJEDA.

¡Bendito ese pudor de las mujeres
que aun después de rendidas no hay quien venza;
que es el mayor placer de los placeres
disfrutar el amor entre dos seres
que tienen un poquito de vergüenza!

Te he tenido odio á muerte
cuando te amaba;
y hoy, que ya no te quiero,
ni odio ni nada.

Por burlarse de todos, las coquetas
suelen ser las burladas casi siempre,
porque inspiran amor sin amar nunca
¡y no saben la ganga que se pierden!

No será eterno nuestro amor, bien mío;
pero, en cambio, consuélote la idea
de que habrá para rato, ¡y cuando acabe
no has de sentirlo tanto como piensas!

EMILIO RODRÍGUEZ PÉREZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un aspirante.—El romance es un poquito pedestre. Y ya que se presenta la ocasión, no quiero que se pase sin advertir á usted una cosa: que al verso

«Cayó al abismo y un quejido»

le sobra desgraciadamente una sílaba. Y no va á saber qué hacer con ella.

Sr. D. A. G.—Salió el soneto
bastante vulgar,
sin miga y sin nada
de particular.

D. E. V.—Siento no poder aprovechar ninguna menudencia de esas; pero ¿qué se le ha de hacer?

Calliflore.—Pero ¡por la Virgen del Carmelo! ¡Si llama usted soneto á lo que no lo es ni lo ha sido nunca!

Sr. D. J. T. S.—Comprenderá usted que el asunto es demasiado baladí. ¡Se hicieron tantas cosas con la misma idea hace cincuenta años!

Un cura chiflado.—Tampoco me gusta el asunto... Además, tengo que hacer notar á usted un *lapsus*: *Jerárquica y práctica* parecen consonantes á primera vista, pero ¡ay! no lo son, ni muchísimo menos.

Sr. D. B. de O.—Sí llegaron, y hasta creo que lo avisé en el número anterior. Pero no estoy seguro.

Vil Tarugo.—Bien; pero... ¿dónde está la nota humorística? ¡En ninguna parte!

Penca Guano.—La cuestión está en que de actualidad sí es, pero no tiene gracia.

Sr. D. R. M.—Mal hechas no están, pero no tienen *saliente* de ningún género.

Zape.—Otro animal, y van quince esta semana. ¿Qué idea tendrán de sí mismos los que insultan valiéndose del anónimo? Que conste que no estoy para perder el tiempo discutiendo con mulas del tranvía.

Asunción.—No, señora, no es admisible. Porque eso y no decir nada viene á ser una misma cosa.

Sr. D. A. E.—Tampoco hay ninguna publicable.

Gado Mora.—El soneto es de humorismo trasnochado completamente. El *Quin* consta de tres capítulos. El primero se publicó en el número 625, correspondiente al 9 de Febrero.

Mosquetón.—Y si no piensa usted conformarse con mi fallo, ¿para qué me envía usted sandeces? ¿O es que yo no puedo publicar únicamente lo que me dé la gana?

Un filibustero.—Caso de admitirse, estaría mejor «la impresión con que...» Aunque lo lógico era decir: «la impresión que me hizo esto.»

Petit-Figaro.—Algo de razón tiene usted, pero créame usted á mí, no hay otro medio de darse á conocer que romper de pronto la medianía. ¿Cómo? Pues... pudiendo.

Alfa el molinero.—Pero ¡Dios santo! si me he visto en la precisión de decir un millón de veces que no podemos admitir artículos.

¡Pumba!—Ni la de la semana pasada ni la de esta ¡ay! reúnen las condiciones necesarias.

El alegre.—Que no lo parece por cierto, porque la poesía casi hace derramar lágrimas.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

FÁBULAS Y CUENTOS

POR JOSÉ ESTREMER

Precio, 2 pesetas.

MIGAJAS

POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

POLVORA SOLA

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

POR J. PÉREZ ZÚÑIGA, DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y GROS

Precio, 3 pesetas.

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LOPEZ SILVA

SEGUNDA EDICIÓN

Precio, 3,50 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARIS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 934.